

balbutir las primeras palabras, cuando se fué grabando en su tierno y delicado corazón el temor de Dios, que según está escrito por La Verdad por Esencia en uno de los sagrados libros, es el fundamento y el principio de la verdadera sabiduría. ¡Feliz principio de una vida que había de ser coronada por una guirnalda inmarcesible!

La religión católica, poseedora de la verdad en su plenitud como la recibió de su Divino Fundador, y con la garantía de una profunda convicción en más de diez y ocho siglos de triunfos, siempre busca los honores y la verdadera nobleza solo en la práctica de la virtud; y por eso desde los primeros albores de la vida, cuida de fortalecer esa misma virtud para que más tarde salga victoriosa en los terribles combates, cuando las avenidas de las pasiones invadan el corazón con el ímpetu de un torrente. Instruido el joven Guerra, en la práctica de estas verdades, desde la mañana de sus días sorprendió en su tierno corazón al vicio antes de sentir sus funestos estragos y por medio del cultivo de la virtud, avasalló los instintos de su naturaleza para dejar libre la acción de los generosos esfuerzos de la gracia: encadenó su carne bajo el yugo de una virtud sublime, para tener expedito el espíritu y pronto á los impulsos de la razón ilustrada por la fé; y cuidando con esmero la exquisita planta de la humildad, echaba con ella los cimientos sólidos de la futura grandeza, que fuera la colosal columna que nos indicara su tumba, teniendo por base la modestia cristiana y por cúspide el brillo de una feliz eternidad.

Uno de los legados que La Infinita Víctima del Gólgota dejó á su Inmaculada Esposa la Iglesia Católica, fué el de sufrir una persecución constante mientras estuviera atravesando el curso de los siglos, y por eso vemos, que la religión es arrastrada todos los días al tribunal íncuo de la injusticia y la maledicencia; y aunque sale

triumfante de sus perversos enemigos, no ha dejado ni dejará de ser acusada de querer mantener al espíritu humano en las tinieblas de la ignorancia; pero es lo cierto, que el mundo no se redimió de la barbarie antigua, sino al influjo civilizador de esa religión, fuente inagotable de luz; ni se han librado las sociedades modernas de los bárbaros sistemas del racionalismo, sino á merced de los sacrificios que para ilustrar á los pueblos hace diariamente esa misma religión, tan injustamente combatida como heroicamente triunfante. Tomémonos por un momento el trabajo de sacudir el polvo de los siglos pasados y registremos las páginas que en la historia ha hecho escribir el tribunal irrecusable de todas las generaciones, y veremos: que cumpliendo siempre la Iglesia con el precepto de enseñar á todas las naciones, ha proporcionado en todo tiempo planteles donde la juventud se ilustre para poder recibir luego el depósito, que se va transmitiendo de una en otra generación, de dirigir los destinos públicos al fin que les está encomendado en los secretos arcanos del Supremo Arbitro de las sociedades. Y aquí en México, desde que despuntó la aurora del día feliz de su ingreso á la gran familia católica, lo mismo que en todas partes, la Iglesia como una madre solícita del porvenir de sus hijos, abrió las fuentes de la ciencia para fecundar las inteligencias de la juventud mexicana: uno de estos establecimientos, el seminario de Guadalajara, fué el que proporcionó á nuestro ilustre personaje los esplendores de la luz que había de hacer brillar su vida literaria, social y religiosa; y á los trece años de su edad, lo vemos cursando las cátedras de aquel colegio, produciendo la emulación de sus compañeros y el aplauso en sus maestros.

El año de 19 pasó á la Capital del entonces virreinato de la Nueva España, para cursar otras facultades en el colegio bastante acreditado de San Ildefonso; y después de

tres años, volvió el de 22 á su antiguo seminario de Guadalajara para seguir las cátedras de facultades mayores, concluyendo una brillante carrera que ya pudo hacer presagiar los altos destinos que la Providencia reservaba en la sociedad, al jóven que tan bien cultivaba la sabiduría, conservando al mismo tiempo en su virtuosa alma los dos dignos tabernáculos para guardar como preciosas joyas, el temor de Dios y el amor que se prescribe en el primer precepto del Decálogo.

Formado ya su corazon é ilustrada suficientemente su inteligencia, debia abrazar un estado donde cumpliera el fin particular de su creacion; y como era un siervo tan fiel que habia sabido adquirir bastante lucro de los talentos que le habian tocado en suerte, el Señor en premio de su fidelidad lo llamó al mas alto y sublime ministerio en que se puede considerar al hombre formado de barro en el seno manchado de la mujer, y correspondiendo dócil á las inefables inspiraciones de la gracia, se preparó para entrar al santo ministerio sacerdotal, yendo á la ciudad de Puebla á recibir de manos del Illmo. Sr. Obispo Vazquez, la gracia que por el sacramento del orden se le debia comunicar para llenar cumplidamente el alto fin á que se le destinaba.

Entónces entró á desempeñar el cargo honorífico de catedrático en el mismo seminario; y aunque hoy se acusa á esos establecimientos, de haber sido atrincheramiento del fanatismo y del retroceso, bien sabemos los que apenas alcanzamos un rayo de luz de aquellos astros ya próximos á llegar á su ocaso, que si en México aun se conserva alguna ilustracion, si aun estamos guardando el equilibrio entre la civilizacion y la barbarie, y aun podemos seguir el camino del progreso, es debido á esas casas tan vilmente apreciadas por la superficial frivolidad que se ha impuesto la triste tarea de destruirlo todo, en nom-

bre de un mentido progreso y de una sarcástica reforma.

No solo el servicio que prestó á la civilizacion desempeñando en el seminario el encargo de catedrático, es la única margarita que luce en la aureola de gloria que se refleja en la ilustre cabeza de nuestro preclaro Obispo; tambien asentó su nombre en el catálogo de los sábios mas distinguidos que forman el lucido firmamento de nuestra patria, y recibió el título de abogado, ornando despues sus sienes con la borla de Doctor en cánones, que muy dignamente le fué concedida el año de 1835, como una justa recompensa en sus afanes literarios y de su adelanto en las ciencias. Siguió aun en Guadalajara prestando otros servicios á la Mitra, antes de salir á ejercer su sagrado ministerio sacerdotal en el cuidado de las almas. Hoy que desgraciadamente camina la sociedad en los rieles de la superficialidad, é impulsada por el vapor de pestilentes doctrinas salidas de los cerebros ahuecados por el racionalismo, será difícil que se conceda algun mérito á los trabajos que hasta aquí van referidos en nuestro sacerdote, siendo que ahora con poco esfuerzo se llega á la esfera de las celebridades; mas en aquellas casas, que sin tanta palabrería, se dedicaban al progreso de la verdadera civilizacion, sabian apreciar muy dignamente los sacrificios y elucubraciones de aquel eficaz cooperador, y si nuestro ilustre prelado hubiera muerto antes del año de 1839, sin tener el dolor de llorar ahora su sensible pérdida, veriamos sin embargo figurar su nombre entre los de aquellos varones insignes, lumbreras de la ciencia y bienhechores de la humanidad.

Llegó el año de 1839, y tuvo que venir á ejercer lo mas espinoso de su ministerio desempeñando el Curato del mineral de Asientos, que sirvió catorce meses satisfactoriamente; y en principios de 1841, fué á servir el Curato de Matehuala, donde dejó gratos recuerdos por sus vir-

tudes. El que esto escribe es testigo, de que aun se repite allí con dulce satisfaccion el nombre de su antiguo y venerable párroco, y los que escucharon las sábias exhortaciones de su pastor y presenciaron la práctica de sus ejemplares virtudes, cuando acarician á sus pequeños hijos, aun les enseñan á pronunciar con respeto y veneracion, el nombre de un sacerdote en quien rivalizaban el desprendimiento de las cosas terrenas, el celo por la gloria de Dios y bien de las almas, con la modestia ejemplar y propia de un ministro del Santuario. A cualquiera que pase aun por Matehuala, le será grato ver en la elegante fachada de la Parroquia, el nombre de este varon esclarecido, como un público testimonio del aprecio que se le conserva y de los esfuerzos con que reedificó aquel templo para celebrar los tremendos misterios de la religion, dejándolo en el estado que hasta hoy guarda.

El año de 1846, como premio del eficaz cumplimiento del Sr. Guerra en el ministerio parroquial, fué llamado al coro de la Catedral de Guadalajara á obtener una prebenda. Allí iba á entrar en un nuevo género de vida, que supo aprovechar tan bien en beneficio de la causa de la civilizacion: y allí le esperaban nuevos sufrimientos, que dieran mas realce á la esplendente corona con que ha pasado de este mundo de combates á la patria del descanso y de la realidad.

Solo un año estuvo de Prebendado, cuando fué honrado con el encargo de Previsor de aquel Obispado y la dignidad de Penitenciario en el coro, obteniendo despues la de Maestre-escuelas: estos nuevos cargos lejos de domar la inquebrantable voluntad de aquel digno ministro del altar, ni de lastimar en lo mas mínimo la modestia que supo hacerse en él una virtud proverbial, solo sirvieron para acrisolar mas el esplendor purísimo de sus eminentes virtudes, siendo que le proporcionaban el ejercicio

de la justicia, cuya diligente observancia, segun la Sabiduría Increada, es la base en que está asentada la primera condicion de la gloria. Entónces ya su nombre andaba en boca de todos, su fama como la de una antorcha que no se enciende para ponerla debajo del celemin, sino para colocarla sobre el candelero á fin que alumbre á toda la casa, hacia repetir sus alabanzas en todos los pueblos, haciendo en esto armonioso concierto con la Iglesia que habia puesto en su frente la corona que es debida al verdadero sabio; y á su vez volvia centuplicados estos honores, que iban á derramar los torrentes de sus fulgores, sobre la misma iglesia que lo honraba y sobre aquellas casas á cuya sombra habian germinado en su cerebro los principios de verdadera sabiduría.

El sábio e ilustre sacerdote siguió desempeñando los honrosos encargos que la Iglesia le habia confiado, adquiriendo así una cadena no interrumpida de gloria, desde que con tanto aplauso desempeñó en las aulas el magisterio de las ciencias, siguiendo luego en el difícil encargo de apacentar las ovejas puestas bajo su cuidado, hasta ayudar despues á regir los destinos de aquella Iglesia á que pertenecía y á quien con tanta fidelidad habia servido. En esto llegó una de las épocas mas funestas para México, uno de esos azotes con que la Providencia castiga á los pueblos ó prepara en ellos un cambio providencial para llegar al fin que su alta sabiduría descubre en el porvenir de los tiempos: esta época de luto y desolacion, es en la que sopló sobre nosotros el huracan revolucionario, cuyo furor inspirado por el socialismo parecia destruir todo orden, llevando particularmente su zafia contra el Santuario, amenazando no dejar en él piedra sobre piedra. En esos dias aciagos, los ministros del altar eran víctimas designadas para saciar la cruel venganza de las furias desenfrenadas, y hasta era uno de los mayores crí-

menes políticos, permanecer adheridos á la fé que nos legaron nuestros mayores, á y cuyos purísimos destellos hemos podido avanzar hasta el grado de civilizaci6n que poseemos. Muchos de los miembros del ilustre episcopado mexicano, tuvieron que sufrir la proscripci6n é ir á comer el pan amargo del destierro, como un testimonio de la injusticia de los hombres y de los lamentables extravíos á que es conducida la razon humana cuando firma el divorcio con la fé. Una de las Iglesias á quienes tocó la triste suerte de verse separada de su pastor, fué á la de Guadalajara, y ent6nces quedó encargado el gobierno de la Mitra á varias personas de las mas recomendables del clero, siendo una de ellas el Sr. Guerra.

En esos dias de graves pesadumbres para la patria, las pasiones vieron llegar su dia, reflejándose en nuestro horizonte bastante preñado de desgracia; los lúgubres resplandores del fuego de la mas horrible discordia: se levantó un torbellino político, que no respetando los sagrados deberes de la justicia, lastimaba en lo mas vivo los intereses de la moral y la religion; y parece que entregando el Señor á sus designios á los que se atrevian á conculcar los mas sacros derechos de la sociedad, abrió la compuerta de las tinieblas que oscurecieron las inteligencias, tornándose el mundo como una tenebrosa noche en que se confundian las huellas de los perseguidos y los perseguidores. En estos momentos terribles en que andaban divididas las entrañas de la naci6n y rotos los lazos de la gran familia mexicana, la voz de la religion hizo su protesta solemne de los fueros de la verdad y pronunció su terrible anatéma; contra aquel furor que pretendia ahogar los acentos de la justicia. Nadie puede olvidar aquella época tristemente memorable; y ya todos adivinan, que hallándose el Sr. Guerra al frente del gobierno eclesiástico de Guadalajara, debía descargar

sobre su cabeza aquella nube electrizada por la exaltaci6n de las pasiones políticas. Fué el hecho; que sufrió el destierro, teniendo que pasar á la ciudad de Leon, donde su natural bondad y la afabilidad de su trato, le conquistaron las simpatías de numerosas personas, que hoy mandarán su llanto para humedecer esos restos inanimados que ha secado el àbrego inclemente.

Esta persecuci6n que es objeto de vilipendio para los ojos venidos del mundo, era una obra digna de la mas valiosa remuneraci6n ante los ojos purísimos del Señor, que siempre está atento á confortar á los que se prestan á participar de la Cruz y las ignominias de Jesucristo; y el premio de esta abnegaci6n, fué subir el último grado de la escala sacerdotal sentándose en la silla del ministerio episcopal. Dios se habia apiadado de las tribulaciones de esta grey desolada: quiso enjugar las lágrimas de los fieles que bogaban entre los recios embates del error; y moviendo los labios del Grande é inmortal Pontífice Pio IX en el consistorio secreto de 22 de Marzo de 1863, el Sr. D. Ignacio Mateo Guerra, fué preconizado primer Obispo de la Di6cesis de Zacatecas, que se habia creado segun los eternos consejos para soportar las nuevas y terribles pruebas que estaban reservadas á la fé ántes de contemplar su triunfo.

Cuando el Sr. Guerra recibió las bulas de su preconizaci6n, habia el Señor concedido dias mas tranquilos para la Iglesia mexicana, y pasó á la ciudad de México, donde fué consagrado el 28 de Febrero de 1864, por el Illmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara, D. Francisco Espinosa. Incorporado ya en la esclarecida familia del Pontificado, cubierta con la Mitra su frente donde fulguraban todos los atributos de la gloria tal como la reconoce la religion cat6lica, y apoyando su diestra en el bá-

culo pastoral, marcha á esta ciudad donde lo esperaba la grey que habia de dirigir con su llamado por los pastos saludables de la doctrina católica, hasta hacerla ingresar en el aprisco del Padre celestial. Fué su entrada á la capital de su Obispado, el dia 12 de Junio de 1864, y se hizo luego la formal ereccion de esta Diócesis, entregando luego un comisionado del Arzobispo de Guadalajara, las llaves de esta nueva Iglesia en las manos del Pontífice á quien el Señor en sus inescrutables consejos habia confiado su direccion en la venturosa mañana de su existencia.

Si quisiéramos hacer mas, que rendir un tributo fúnebre á la digna memoria de nuestro amado Pastor, y escribir aunque fuera á grandes trazos la historia de su episcopado, aquí se abria un extenso campo que sabria explotar con indecible lucro una pluma ejercitada en encadenar las genealogías del génio y de las altas virtudes de los bienhechores de la humanidad, con las visicitudes de los pueblos y los encumbrados destinos del género humano; pero asunto tan vasto anonadaría nuestra mano bajo el peso de su inponderable grandeza, y ni los estrechos límites de este trabajo pueden contener la magnitud de tal objeto. Y ya que no podemos seguir paso á paso al venerable Prelado en su apostólica carrera, ni nos es dado el poder de significar con una expresion sola, con una oracion siquiera, todas las ideas que buyen en la mente y los sentimientos que al corazon animan, prescindiremos de pintar el magestuoso cuadro de sus trabajos y vigiliass que se delinean en el fondo de su acendrada solicitud por su rebaño y se engalana con los vivos matices de su prodigiosa caridad; y reasumiremos el elogio del personaje sobre cuyos restos derramamos un justo llanto, suspendiendo el curso de nuestra pluma para oír la Voz de la Sabiduría Increada, cuando elogia las virtudes y

honra la memoria de los patriarcas. «Alabemos á los varones ilustres.....hombres grandes por sus virtudes y adornados de prudencia.....governaban al pueblo de su tiempo y con la virtud de la prudencia daban avisos muy santos á los pueblos.....Hombres ricos en virtud, solícitos del decoro, pacíficos en sus casas. Todos estos hombres alcanzaron gloria en las edades de su nacion, y son celebrados en sus dias..... Sus cuerpos fueron sepultados en paz y el nombre de ellos vive en generacion y generacion. Celebran los pueblos su sabiduría, y anuncia la Iglesia sus alabanzas.» Y para concluir nuestra oracion tomaremos por un momento el mismo lenguaje de la Iglesia, con quien decimos: ¡He aquí el sacerdote grande que agradó á Dios en sus dias y *fué encontrado justo!*

Preciso es sin embargo, particularizar un solo acto de su vida episcopal, porque él hace que su fama no se encierre en las estrechas dimensiones de una familia, ni en el poco mas extenso círculo de su obispado, ni en las páginas de la nacion á quien habia dado lustre; y salvando su nombre las barreras de nuestro continente, fué á llevar su reputacion por todas las partes del mundo, uniéndose á todos los nombres de aquella augusta asamblea de setecientos obispos, que presidida por el inmortal Pio IX, ha conservado en el Vaticano y sellado con la infalible autoridad de la Iglesia Católica, las verdades que serán para las sociedades la áncora de salvacion en el naufragio con que amenaza la procelosa tormenta que va carcomiendo las entrañas de todos los pueblos. En la esclarecida existencia de nuestro insigne Prelado, siempre será uno de sus mas honrosos títulos de gloria, el poderse llamar uno de los Padres del Concilio Vaticano; por esta causa, todas las futuras generaciones pronunciarán su nombre con respetuosa admiracion; y la civilizacion universal, verá en su venerable persona uno de sus mas

celosos defensores en el general extravasamiento de las ideas corruptoras que infestan á este siglo frívolo.

Se hallaba el Illmo. Sr. Guerra en el curato de Mazapil practicando la visita episcopal, cuando llegaba ya el tiempo de ir á formar parte de aquella solemnísimá reunion de todo el principado de la Iglesia, para la cual habia convocado el Gefe Supremo del catolicismo, fijando como punto de cita la Ciudad de Roma. La grande distancia, los riesgos del camino, la inclemencia de los diversos climas, los peligros del embravecido Océano y las fatigas de tan larga jornada, todo esto combinado con la edad avanzada del Prelado, casi hacia impracticable el viaje, que se decidió sin obstáculo en fuerza de la inquebrantable voluntad, que parecia rejuvenecerse al deseo del estricto cumplimiento de sus deberes, en proporcion que el concurso del tiempo y un trabajo sin tregua debilitaba en nuestro personaje las fuerzas de su naturaleza. En el mes de Octubre de 1869 salió de Mazapil para embarcarse por el puerto de Matamoros, dirigiéndose á la Capital del orbe católico. Todos saben las públicas calamidades con que el Señor ha permitido sean afligidos en el año pasado los pueblos de la Europa; y tambien, que esas funestas convulsiones, fueron la causa de que el Concilio suspendiera el curso de sus trabajos. Entónces nuestro Pastor volvió al seno de su grey, trayendo para ella la bendicion que el Espíritu Divino se dignaba conceder por la mano del Padre comun de los fieles, y que nos dió en su Carta Pastoral, en la cual por un triste presentimiento anunciaba que tal vez seria la última que dirigiera á su Iglesia.

El día 23 de Febrero del presente año; entró de nuevo á la capital de su Diócesis despues de su regreso de la Ciudad de Roma: con su presencia se animaron las esperanzas de los fieles: se embelezaron las inteligencias con

la perspectiva de dias mas venturosos al cuidado del diligente Pastor; y al escuchar las palabras que vertian sus lábios, revelando que la sabiduría posaba en su inteligencia y la virtud se albergaba en su corazón, sentia calmarse el frenético furor de las pasiones derramando la confianza en su derredor.

Los últimos dias que estuvo entre nosotros; lucieron apenas como un meteoro, se desvanecieron como una sombra fugaz, se disiparon como una ilusion; miéntras se prometian todos grandes adelantos en la Iglesia, por la prudencia del Prelado. Su salud sufrió algunos quebrantos; pero ninguno que hiciera temer la pérdida de tan interesante existencia. Su avanzada edad y lo debilitado de sus fuerzas, no eran obstáculo para el desempeño de su ministerio pastoral, y estaba preparándose para salir á continuar la visita de su obispado, cuando un ligero mal de la garganta cortó en un momento el hilo de sus preciosos dias el día 6 de Junio de 1871.

El Angel de la muerte de un soplo apagó la llama de su vida; aquella muerte fué verdaderamente el sueño del justo; y si tenemos que llorar una pérdida, cuya magnitud apenas podemos vislumbrar, midiéndola por la grandeza de nuestro dolor, tenemos bastante motivo de creer que la tranquilidad de esa muerte con que se coronó la vida de nuestro Pastor, sin desmentir una virtud acrisolada hasta los últimos momentos, habrá sido el principio de aquella felicidad que el Señor reserva á sus escogidos por una eternidad sin fin.

Si tuviéramos la desgracia de haber caído en las redes de esos modernos sistemas que la razon ha inventado en un momento de extravío para degradar al hombre, temblaríamos ante la imágen de la muerte, porque allí se evaporan todas las vanidades de los falsos brillos de la gloria: allí se acaba la falsa sabiduría del mundo; y fe-

neces el efímero poder de la materia vil. Pero alumbrados por esa luz indeficiente de la fé, podemos pararnos sin estremecernos ante ese espectro y sacudir con mano firme el polvo de los sepulcros; porque la religion nos muestra mas allá de la loza funeraria, la imágen viva de la esperanza: ella nos manifiesta el esplendor interminable de ese astro que no tiene ocaso; y presentándonos en confuso hacinamiento los escombros de todos los siglos, nos hace ver cuán vanas son las cosas del tiempo, aun los mismos formidables trofeos con que se engalana la muerte. De esta manera distinguimos el vaporoso poder del vicio, de la sólida gloria de la virtud; y cuando vemos descender la oscura morada de la muerte, á un varon justo como el Pastor que hemos perdido, hallamos un lenitivo á nuestra pena, pudiendo repetir estas palabras: «¡El grande hombre descendió al sepulcro con la sencilla vestidura de la gloria y la corona que Dios habia puesto sobre sus cienes!»

CAPITULO II.

Dictadura del general Santa Anna; y revolucion dimanada del plan de Ayutla.

Para cerrar la narracion del tomo anterior, y llegar los acontecimientos hasta la muerte del Sr. Alaman, que forma época en los anales de nuestra historia, encadenamos los sucesos para llegar á aquel término; pero debiendo ahora ocuparnos en este capítulo de la dictadura del general Santa Anna, debemos dar otra ojeada desde las causas que la produjeron, para que pueda aparecer mas en toda su perfeccion el cuadro que tratamos de trazar, y en él resalte de una manera palpable al primer golpe de vista, la idea que se desprende necesariamente de ese cuadro, y que es la consecuencia natural de los hechos, para deducir en seguida la leccion que nos da lo pasado para entrar con esa luz en el secreto laberinto del porvenir.

Cuando tocaba á su fin el año de 1851 los desmanes de la demagogia eran tales, que todo el mundo se lamentaba del malestar general en que por ellos habia caido la República, no oyéndose sino una sola voz, que clama-